

Puesta la infantería en marcha, el general Santa Anna con su estado mayor y los regimientos de húsares, ligero de Veracruz y restos de caballería de la división del Norte, á las órdenes de los generales Jáuregui y Torrejon tomó el sendero de la última brigada, al observar que los americanos empezaban á penetrar en San Angel. Quando llegó á Coyoacan, hizo alto, hasta que estuvo reunido el último soldado.

Los enemigos seguían en alcance de nuestras fuerzas por la misma ruta, batiéndolas en retirada, y ellas la continuaban de prisa, en tropel, asuzadas por las descargas de las columnas americanas que las seguían de cerca, y á las que no oponían ninguna resistencia; y en este estado pasaron por el convento de Churubusco, en donde hallaron á los generales Rindon y Anaya, con los cuerpos de Guardia Nacional, Independencia y Bravos.

El general Santa Anna dió orden verbal á los primeros, de conservar el punto á todo trance. Tan dignos defensores imitaron en esta vez el heroico ejemplo del valiente capitán, á quien en la guerra de Vendea, dió orden el general Kleber de que se defendiera á toda costa para salvar al ejército, y que no vaciló en sacrificar su vida, llevado de un patriotismo que merece los mayores elogios.

Mientras pasaban estos sucesos, el general Worth, por orden de Scott, atacaba á S. Antonio; y como las fuerzas que había en aquel punto empezaban ya á retirarse conforme á lo prevenido por el general Santa Anna, no se hizo una resistencia obstinada, sino que únicamente se procuró detener á los enemigos, mientras se ejecutaba la retirada de las tropas á la capital. En S. Antonio quedaron dos piezas de artillería, una por falta de mulas, y otra por estar atascada; también cayó en poder de los americanos, una gran parte del material de guerra.

Los gefes que quedaron sosteniendo la retaguardia,

fueron el general Perdigon y el coronel Zerecedo, quienes hicieron una honrosa defensa en Zotepingo, cayendo prisionero el primero, y logrando el segundo salvarse por entre los potreros. Worth, vencido aquel obstáculo siguió adelante para emprender el ataque del Puente de Churubusco.

Por una mala combinación, la división que venia de Coyoacan, se encontró al pasar el Puente, distante quinientas varas del convento de Churubusco, con la que se retiraba de S. Antonio, perseguida por las fuerzas de Worth, que la daban alcance, despues de haber atrollado, como se ha dicho en el párrafo anterior, á los batallones nacionales de Lagos, Acapulco y otros piquetes, que quedaron en las obras de la derecha, haciendo una defensa heroica aunque estéril.

El general Santa Anna colocó una batería de cinco piezas en la cabeza del Puente; protegida por las compañías de S. Patricio y el batallon de Tlapala.

El tránsito estaba obstruido por dos carros de municiones: por encima de ellos, por entre las ruedas, por los pies de las mulas que los tiraban, pasaban todos confundidos y en masa, dejando abandonada en la calzada de S. Antonio la mayor parte del parque que con actividad habia procurado salvar el general Alcorta; pero el general Santa Anna previno no pasara por el Puente ningun carro, hasta que lo verificase la tropa toda, procedente de los dos rumbos; y esto dió lugar á la pérdida de tantas municiones. Desesperando salvarlas el general Alcorta, se retiró el último de la calzada, al ver que el enemigo penetraba en ella. En estos momentos, las fuerzas de Worth al abrigo de los carros del parque abandonado, avanzaron sobre el Puente. El general Santa Anna que lo notó mandó contramarchar á la brigada de Pérez la que volvió pocos momentos despues, continuando la demás fuer-

za para la capital, guiada por el cuartel maestro del ejército. Situó al 1.º ligero en la cabeza del Puente, y á su izquierda al 3.º, 4.º y 11.º sirviéndoles de foso un arroyo que pasaba á su frente. El enemigo avanza en columna hasta muy cerca de los parapetos: nuestra artillería é infantería, con una granizada de balas la despedazan y hacen vacilar: uno de nuestros cañonazos incendia á la vez dos de los carros del parque, abandonados frente a la batería. Se escucha un estallido horrible, y sus fragmentos se reparten en todas direcciones, causando estragos formidables.

Los americanos forman una nueva batalla frente á la posición, y se hace general el combate. Dos líneas de humo se marcan por el aire: dos huellas de sangre se señalan en el campo. El bizarro coronel Galloso, del 1.º ligero, manda romper con su música una alegre diana, y en este momento cae herido. El convento de Churubusco parece un castillo: su costado derecho y el frente están inflamados por llamaradas opacas. Mandan sus defensores por parque: el general Santa Anna les envía un carro de los que quedaron embarazando el paso, y por refuerzo á las compañías de Tlapa y S. Patricio. El general Alcorta reconoce toda la línea, D. Antonio Haro, D. Agustín Tornel, Don Juan José Baz, D. Vicente García Torres, y otros dignos oficiales, transmiten órdenes del general en jefe, y llevan á la línea algun parque conseguido con dificultad.

Una nueva columna enemiga se interpone entre el Puente y el convento, amagando envolver las dos posiciones. El general Santa Anna toma el 4.º ligero y parte del 11 de línea, y se dirige á la hacienda de los Portales, un cuarto de legua á retaguardia, con el objeto de contener los avances de los flanqueadores. Sitúa algunos infantes en la azotea de una casa que se levanta junto á la

calzada; circunda su pié con el resto de la fuerza, y comienza el fuego en este punto.

En estos momentos cesa el ataque del puente, porque los americanos se dirigieron á la derecha, siguiendo á los que les precedían. El general Bravo llega á este tiempo por los potreros, con unos restos salvados de S. Antonio. Perez le manifestó que están cortados, y que no quedaba ya ni un cartucho: en consecuencia, se desbandan sus soldados por todas direcciones, tomando algunos la del Peñon. Los enemigos se apoderan del puente sin mas resistencia, y cañonean á los fugitivos con su misma artillería, abandonada allí por la desaparición de los armones y tiros de caballos.

En Portales se redobla el ataque: los americanos avanzan; derrámanse en tiradores sobre la llanura. El general Quijano vuelve á este punto con los húsares, Veracruz y restos de la caballería del Norte: redobla sus esfuerzos para hacerla cargar, y se toca á degüello. Al partir encuentran una pequeña zapa, que declaran obstáculo, y con este pretexto contramarchan.

El general Santa Anna con su estado mayor y el general Alcorta se retiran tambien de este punto, que aun quedaba batiéndose. Se incorpora á la caballería, y desesperado, da de latigazos á varios oficiales que huían. En la calzada se ve un desorden horrible: todos se confunden, se empujan, se atropellan. Los dragones americanos montados en frisonos lijeros, alcanzan á nuestra retaguardia, y aumentan el espanto acuchillando á los que encuentran á su paso. Llega el general Santa Anna á la garita de S. Antonio y tras él nuestros restos despedazados, mezclados con algunos dragones enemigos, ébrios de sangre. Se disparan en ella cañonazos á metralla, y sesenta infantes que cubren su entrada, rompen un fuego graneado sobre la calzada, alentados por la presencia de

los generales Santa Anna, Alcorta y Gaona, que se los mandan. En este momento penetra por un lado de la muralla un oficial americano, con uniforme azul, montado á caballo, con espada en mano, descargando tajos, cae herido sobre la esplanada; muchas espadas se esgrimiron para matarlo; pero otras tambien lo hicieron para defenderlo al verlo caer. Se levantó desarmado, pero radiante de valor, y sonriendo de felicidad á las puertas de la capital. El fuego cesa, porque desaparecen en la calzada todos los objetos: muchos de nuestros soldados fueron muertos por sus mismos compañeros, al aproximarse á esta barrera fatal, confundidos con los enemigos.»

«Como se ha visto en las anteriores líneas fué simultáneo el ataque al Puente de Churubusco y al convento del mismo nombre: y habiendo dado á conocer en la relacion anterior, algunos pormenores del primero, describirémos tambien los que sean necesarios para que se tenga una idea de la heroica defensa del segundo.»

«Dispuesto, pues, todo para el ataque, los defensores de Churubusco esperaban sobre las armas que se acercaran los enemigos. Estos entre tanto avanzaban sobre el convento, del que creian apoderarse á muy poca costa, pues la facilidad con que habian llegado hasta allí, les hacia presumir, que nuestro ejército entero se replegaría sin combatir, hasta la capital. Debíoles confirmar en esta creencia, la circunstancia de que no se rompía sobre ellos el fuego, á pesar de hallarse ya á tiro de fusil de las fortificaciones, lo cual provenia de la orden expresa de los generales Rincon y Anaya, quienes para no gastar pólvora en valde, habian dispuesto que no se disparara sobre los enemigos hasta que estuvieran á una distancia muy corta. Hizose así, en efecto; y el estrago terrible que las descargas produjeron en las filas de los norte ame-

ricanos, los obligó á detenerse por un momento, intimidados y sorprendidos. Poco tardaron, sin embargo, en continuar su avance, dirigiéndose sobre el frente del parapeto una fuerza, y otra mas considerable sobre el costado derecho. Trábase entonces un reñido combate, que el valor y los soldados de ambas naciones prolonga por algun tiempo, hasta que la pérdida de consideracion de los enemigos les precisa á retroceder.»

«Hubo en aquella accion rasgos de valor, dignos de ser mencionados, entre los cuales merece particular elogio el del jóven D. Eligio Villamar, oficial del regimiento de Bravos, quien desde los primeros tiros se subió sobre el parapeto, y permaneció allí expuesto al fuego de los enemigos, alentando á sus soldados, y sin dejar un momento de victorear á la República y á los generales Rincon y Anaya. Su arrojo fué tanto mas notable, cuanto que dedicado ántes esclusivamente á sus tareas científicas y literarias, aquella era la primera vez que afrontaba la muerte en un campo de batalla.»

«Al principio del ataque se introdujo alguna confusion en las filas del batallon Bravos, ocasionada por las bajas que fuvo de soldados muertos ó heridos por el faego que recibian de sus compañeros de Independencia. La mayor parte de este cuerpo cubria con su pecho el flanco derecho de la posicion, enteramente descubierto por la falta de parapeto, y los soldados restantes estaban situados en la azotea del convento y en unos andamios que se habian levantado dentro de un corral, para suplir las banquetas. Las punterías bajas de los tiradores dañaban naturalmente á varios de los que defendian el parapeto. Advertida por el general Rincon la causa del desorden, mandó bajar de la altura á los tiradores situados allí, y que se incorporaran al resto de su batallon.»

«Como acabamos de ver, la division americana del ge-

neral Twiggs, que habia dado el primer ataque, acababa de ser rechazada. La llegada de las otras, que apresuradamente acudian en su auxilio, no solo le proporcionó medios de acometer de nuevo, sino que dió lugar á que el convento fuese atacado por varias partes, generalizándose en pocos minutos el combate. Los valientes de Churubusco no desmayan: multiplican sus esfuerzos para rechazar al enemigo, y su fuego certero aumenta considerablemente el número de los muertos y heridos. Sin embargo, la situacion de esos esforzados combatientes es ya bastante crítica: su retaguardia misma, el punto único por donde pueden salvarse en caso de un desastre, está ya atacado por la division del general Worth, que avanza sobre las tropas en retirada de S. Antonio. Y no es esto lo peor, sino que las municiones empiezan á escasear, y se prevee el momento en que su falta absoluta impedirá toda resistencia eficaz.

«En los momentos mas empeñados de la lucha, y cuando su éxito parecia próximo á decidirse en favor de los enemigos, el general Anaya subió á la esplanada á caballo, mandó cargar una pieza á metralla y apeándose luego, dirigia personalmente la puntería. Las chispas del lanza fuego que sirvió para disparar la pieza, incendiaron el parque, abrasando á cuatro ó cinco artilleros, al capitán O'leary que la servia, y al mismo general Anaya. Todos ellos quedaron fuera de combate, ménos el general quien á pesar de haber permanecido ciego por algun tiempo, no abandonó el campo de batalla. Durante toda la accion, se le vió siempre en el peligro, lo mismo que al sereno general Rincon, recorriendo el uno toda nuestra línea para alentar al soldado con su presencia, y fijo el otro en un lugar, para dictar sus disposiciones como gefe.

«A la energía y buen comportamiento de estos dignos militares correspondia la conducta decidida y gloriosa de

sus subordinados. Los gefes, los oficiales, los soldados, competian en ardimiento, y no desmayaban un punto, aunque bien conocian lo crítico de su posicion.

«Las acciones de denuedo se repetían cada vez que el arrojado enemigo hacia el peligro inminente. El patriota y esforzado coronel D. Eleuterio Mendez, que habia pedido para su hijo y para sí el puesto de mayor peligro, permanecia firme en ese puesto á que alcanzaban todos los tiros sin herirlo. El teniente D. José M^a Revilla abandona las filas de la infantería, en donde combatia sin peligro, y sirve á caballo de ayudante del general Rincon, á quien parte de los que desempeñaban á su lado esta comision, habian abandonado. El entusiasta oficial D. Juan Aguilar y López se encuentra con una pieza que no podia servirse por falta de artilleros, y aunque sin instruccion alguna, exponiéndose á volar, si no toma las precauciones debidas, se dispone á utilizar el cañon en contra de los asaltantes; llama á dos cabos de su cuerpo para que lo auxilien, y entre los tres sostienen por algun tiempo el fuego, bastante costoso al enemigo. Por último, llega allí el oficial de artillería Alvarez, y se encarga de dirigir la pieza; pero no por eso se retira Aguilar, sino que en union de sus compañeros, continúa en aquel puesto, ayudando á dispararla.

«Tres horas y media habia durado ya la accion, sin que los repetidos esfuerzos de los americanos les hubieran dado un triunfo decisivo. El ánimo de nuestras tropas no decae: ántes al contrario, á cada momento se sienten los soldados mas deseosos de prolongar el combate. Por desgracia las municiones estaban ya completamente agotadas: los respectivos gefes de los cuerpos, cuyos nombres hemos consignado en otro artículo, urgian por parque al general Rincon.

«El tiroteo comienza á apagarse por nuestra parte, á

proporción que el parque escasea mas y mas: acabase por fin, y de aquel convento, que arrojaban poco antes fuego por todas partes como un castilló, no sale entonces un solo tiro, como si ninguno de sus defensores hubiera quedado en pié. El enemigo se sorprende con aquel silencio repentino, que no sabe á qué atribuir, y temeroso de que sea una estratagema de guerra, tarda algunos minutos en decidirse á avanzar sobre el parapeto, del que no recibe ya ninguna ofensa. Nuestros soldados por su parte, llenos de desesperacion, descansaban ya en su mayor parte sobre sus armas descompuestas, y ardientes como el fuego vivo que habian despedido. Los generales Rincon y Anaya, agobiados tambien de tristeza, viendo que no les quedaba arbitrio para prolongar la resistencia, mandaron que la fuerza toda se replegara al interior del convento á esperar el fallo de su suerte; pero todavía en aquellos terribles momentos en que hasta la esperanza misma parecia perdida, hubo valientes que intentaron hacer el último esfuerzo de la desesperacion, y su depuedo añadió nuevas víctimas á las que ya nos habia costado aquella memorable defensa.

«El intrépido Peñúñuri se dispone á cargar á la bayoneta sobre el enemigo, á la cabeza de unos cuantos soldados de su cuerpo; pero apenas ha avanzado unos cuantos pasos, cuando una bala lo hiere de muerte. Ni aun entonces se doblega su corazon esforzado: incapaz ya de moverse, retirado por sus amigos al interior del convento, continúa aun alentando á sus soldados y muere por fin, con la dignidad y la grandeza de los héroes.

«Tambien el patriota capitán de cazadores, D. Luis Martinez de Castro, recibia otra herida mortal al emprender abrirse paso por entre los enemigos, para incorporarse á su regimiento, del que habia sido cortado. Martinez de Castro cayó prisionero, y sobrevivió pocos dias

al del ataque, apesar de la eficacia y esmero con que se procuró su salvacion. Sucumbió, dejando en el corazon de sus amigos un vacío inmenso con su muerte, que lloran la patria, la virtud y la literatura.

«Replegadas ya en el convento las fuerzas, que obedecieron las órdenes de los generales, esperaron resignados la llegada de los enemigos, que por último se habian resuelto á avanzar. El primero que se presentó sobre el parapeto, fué el valiente capitán americano Smith, del 3º de línea, quien dió aquel ejemplo de valor á cuantos le seguian, y no ménos magnánimo y generoso que audaz. Apenas se cercioró de que ya por nuestra parte no se hacia resistencia, enarboló bandera blanca, é impidió que la turba salvaje que lo acompañaba, cebara su furor en los vencidos.

«El patriotismo y la sociedad se horrorizan, al contar entre los vencedores que hacian su entrada triunfal en Churubusco, una cuadrilla de bandidos, que con el nombre de *contra guerrilleros*, capitaneaba el famoso Dominguez, y que como auxiliares del ejército americano hacian la guerra á su patria, con mas encarnizamiento que los mismos enemigos. El general Anaya, ya prisionero, impelido de un sentimiento de execración y horror, apostrofó al insolente cabecilla llamándole traidor; con riesgo de su propia vida.

«Un clamoreo general habia anunciado la llegada de Twiggs, quien saludando cortés y marcialmente á los generales y oficialidad mexicana, arengó á los suyos, encomiando su valor y recomendando á los prisioneros. Estos en aquella esforzada defensa, habian acertado veintidos tiros al pabellon americano, que llevaba Twiggs en las manos despedazado. Un momento después flameaba en el convento de Churubusco, y presidia á la escena de muerte, desolacion y llanto, que aquella religiosa mansión

tan sosegada y tranquila en otro tiempo, presentaba el 20 de Agosto de 1847. Eran las cuatro de la tarde: el combate habia empezado á las once: trascurre aun otra hora del mortal espera, en la que aun se perciben ecos lejanos de artillería, por Portales y Churubusco. Vuelven á la garita varios nacionales y soldados á quienes habian retirado al interior de la ciudad. La tarde está pardeando: la naturaleza parece en armonía con la fatal catástrofe acaecida. Oscurecese el horizonte por nubarrones inmensos, que arrojan torrentes de agua sobre nuestros tercios vencidos; la noche envuelve como una gaza negra en señal de duelo, á la desgraciada capital de la República mas desgraciada. Se escucha en medio del turbion el compasado andar de silenciosos soldados, que desalentados por el vencimiento, y rendidos por la fatiga, se retiran á sus cuarteles por disposicion del general Santa Anna, dejando en la garita solamente una pequeña guarnición. A las nueve de la noche, reina ya en las calles de México el silencio de la muerte, interrumpido solo por el galope del caballo de algun ayudante que trasmitia órdenes, ó por la voz de algun centinela que gritaba: "Alerta." Las sangrientas batallas de Padierna y Churubusco, si bien habian desmoralizado al ejército mexicano que tenían lleno de espanto los ánimos de la generalidad, tambien habia costado mucha sangre al ejército invasor, trayéndole la necesidad de tener un descanso para rehacerse de sus pérdidas. Así es, que á la hora en que el general Santa Anna celebraba una junta de ministros y otras personas notables, en la misma noche del dia 20 de Agosto, para resolver lo que debiera hacerse en aquellas angustiadas circunstancias, el general Scott pasaba una nota al general Alcora ministro de la guerra en el gabinete mexicano, en la cual le manifestaba el deseo de

que las dos Repúblicas entraran en negociaciones para lo que estaba dispuesto á firmar un armisticio. Esta idea fué admitida con agrado por el general Santa Anna y su ministerio, porque ella daba el resultado que se proponia el gobierno mexicano, de una manera mas ventajosa para el decoro nacional. Se nombraron por ambas partes los comisionados para este efecto, quienes se reunieron en Tacubaya el dia 22; y el 24 quedó ratificado el armisticio por ambas partes. El dia 25 Mr. Nicolás Trist pasó á la secretaría de relaciones una nota en que anunciaba su carácter de comisionado especial de los Estados-Unidos, investido con plenos poderes para negociar y concluir con el gobierno mexicano un tratado de paz y de límites entre ambas repúblicas. El gobierno de México por su parte nombró una comision para este delicadísimo encargo compuesta del general D. José Joaquin Herrera, del Lic. D. José Bernardo Couto, del general D. Ignacio Mora y Villamil, del Lic. D. Miguel Atristain y de D. José Miguel Arroyo en calidad de secretario intérprete, á cuyos comisionados se dieron las instrucciones necesarias para las conferencias con el comisionado del gabinete de Washington. Desde ese momento la comision fué el punto de vista de la atencion pública: en sus debates no debian hacer correr la sangre como en las batallas; pero á sus discusiones quedaban confiados el honor y los intereses nacionales. En la tarde del dia 27 celebraron su primera reunion en el pueblo de Atzacapotzalco los comisionados de ambas partes; y despues de canjearse sus respectivos poderes, Mr. Trist entregó á la comision mexicana el proyecto de tratado que ya tenia prevenido. Eran tan exageradas las pretensiones que en él se manifestaban, que fué deshechado absolutamente: y el gobierno de México dió tambien por su parte tan avanzadas instrucciones, que sus

comisionados no creyeron posible desempeñar su encargo; pero concediéndoles despues mas libertad, formaron un contra-proyecto en el cual se obligaba á México á ceder á los Estados-Unidos el territorio de Texas y parte de la Alta-California, mediante la indemnización que para ello se conviniera. Ese contra-proyecto en el cual se procuró salvar hasta donde fué posible el honor de México se acompañó al comisionado americano con una nota en la cual se patentizó: que si injusto habia sido el proceder de los Estados-Unidos al decretar tan escandalosa invasión, mucho mas injusto era continuar una guerra para la cual no quedaba ni el mas leve pretexto. La importancia de ese documento trae consigo la necesidad de hacerlo conocido generalmente como un testimonio de la injusta usurpacion de los Estados-Unidos, que si bien entonces pudieron adquirir lo que querian con el derecho del mas fuerte, mas tarde tendrán que reportar con la execración pública las consecuencias de su incalificable conducta. El documento dice así.

A. S. E. el Sr. D. Nicolás Trist, comisionado con plenos poderes por el gobierno de los Estados-Unidos cerca del gobierno de la República Mexicana. Casa de Alfaro en la calzada de Chapultepec, Setiembre 6 de 1847.— Los infrascritos comisionados por el gobierno de la República Mexicana para concertar con V. E. un ajuste de paz, al poner en sus manos el contra-proyecto que han formado con arreglo á las últimas instrucciones de su gobierno, estiman oportuno acompañarlo de las observaciones que contiene esta nota, las cuales servirán para poner mas en claro las pacíficas disposiciones de México en la contienda que desgraciadamente divide ambos países.— El art. 4º del proyecto que V. E. se sirvió entregarnos la tarde del 27 de Agosto próximo pasado, y sobre el cual han rodado nuestras conferencias posteriores, impor-

ta la cesion por parte de México:—1º del Estado de Texas.—2º del territorio fuera de los límites de dicho Estado, que corre á la orilla izquierda del Bravo, hasta la frontera meridional de Nuevo-México.—3º de todo Nuevo-México.—4º de las Californias.

«La guerra que hoy existe se ha empeñado únicamente por razon del territorio del Estado de Texas, sobre el cual la república de Norte-América presenta como título la acta del mismo Estado en que se agregó á la confederacion Norte-Americana, despues de haber proclamado su independencia de México.—Prestándose la República mexicana (como hemos manifestado á V. E. que se presta) á consentir mediante la debida indemnizacion, en las pretensiones del gobierno de Washington, sobre el territorio de Texas, ha desaparecido la causa de la guerra, y esta debe cesar, puesto que falta todo título para continuarla. Sobre los demás territorios comprendidos en el artículo 4.º del proyecto de V. E., ningun derecho se ha alegado hasta ahora por la República de Norte-América, ni creemos posible que se alegue alguno. Ella, pues, no podria adquirirlos sino por título de conquista, ó por el que resultara de la cesion y venta que ahora le hiciese México. Mas como estamos persuadidos de que la república de Washington no solo repelará absolutamente, sino que tendrá en ódio el primero de estos títulos, y como por otra parte fuera cosa nueva y contraria á toda idea de justicia el que se hiciese guerra á un pueblo por sola la razon de negarse él á vender el territorio que un vecino suyo pretende comprarle, nosotros esperamos que la justicia del gobierno y pueblo de Norte-América, que las amplias modificaciones que tenemos que proponer á las sesiones de territorio (fuera del Estado de Texas) que se pretende en el citado artículo 4.º, no será motivo para que se insista en una guerra que el digno general de las tropas

norte-americanas, justamente ha calificado ya de *desnaturalizada*.

«Entre nuestras conferencias hemos hecho presente á V. E., que México no puede ceder la zona que queda entre la margen izquierda del Bravo y la derecha del Nueces. La razon que para esto se tiene, no es sola la plena certeza de que tal territorio jamás ha pertenecido al Estado de Texas, ni tampoco el que se haga de él grande estima, considerado en sí mismo. Es que esa zona, con el Bravo á su espalda, forma la frontera natural de México, tanto en el orden militar como en el de comercio; y de ningún pueblo debe pretenderse, ni puede ningún pueblo, consentir en abandonar su frontera. Mas para alejar todo motivo de duda en el porvenir, el gobierno de México se compromete á no fundar nuevas poblaciones, ni establecer colonias en el espacio intermedio entre los dos rios; de modo que conservándose en el estado de despoblacion en que hoy se halla, preste igual seguridad á ambas repúblicas. La conservacion de este territorio es, segun nuestras instrucciones, una condicion *sine qua non* de la paz.—Sentimientos de honor y delicadeza (que el noble carácter de V. E. sabrá estimar dignamente) más todavía que un cálculo de interés, impiden á nuestro gobierno consentir en la desmembracion de Nuevo-México. Sobre este punto creemos superfluo agregar nada á lo que de palabra hemos tenido la honra de exponerle en nuestras conferencias.

«La cesion de la Baja California, poco provechosa para la República de Norte-América, ofrece grandes embarazos á México, considerada la posicion de esa península frente á nuestras costas de Sonora, de la cual la separa el estrecho golfo de Cortés. V. E. ha dado todo su valor á nuestras observaciones en esta parte, y con satisfaccion le hemos visto ceder á ellas.—Bastaria el hecho de

conservar México la Baja California, para que le fuese indispensable guardar una parte de la Alta, pues de otra manera aquella península quedaria sin comunicacion por tierra con el resto de la República; lo cual es siempre de grande embarazo, especialmente para una potencia no marítima como México. La sesion que por nuestro gobierno se ofrece (mediante la debida compensacion) de la parte de la Alta California que corre desde el grado 37 arriba, no solo proporciona á los Estados-Unidos la adquisicion de un excelente litoral, de fértiles terrenos, y tal vez de minerales intactos, sino que le presenta la ventaja de continuar por allí sin interrupcion sus posesiones del Oregon. La sabiduría del gobierno de Washington y la loable aplicacion del pueblo americano, sabrán sacar ópimos frutos de la importante adquisicion que ahora le ofrecemos.

«En el art. 8º del proyecto de V. E. se pretende la concesion de un paso libre por el istmo de Tehuantepec para el mar del Sur en favor de los ciudadanos norte-americanos. Verbalmente hemos manifestado á V. E. que hace algunos años está otorgado por el gobierno de la República á un empresario particular, un privilegio sobre esta materia, el cual fué luego enagenado con autorizacion del mismo gobierno á súbditos ingleses, de cuyos derechos no puede disponer México. V. E. pues, no extrañará que en este punto no accedamos á los deseos de su gobierno.

«Hemos entrado en esta sencilla explicacion de los motivos que tiene la República para no prestarse á enagenar todo el territorio que se le pide fuera del Estado del Texas, porque deseamos que el gobierno y pueblo norte-americanos se persuadan de que nuestra negativa parcial no procede de sentimientos de aversion, engendrados por los antecedentes de esta guerra, ó por lo que

en ella se ha hecho padecer á México, sino que descansa en consideraciones dictadas por la razon y la justicia, que abririan en todo tiempo respecto del pueblo mas amigo y en medio de las relaciones de mas estrecha amistad. Las demás alteraciones que hallará V. E. en nuestro contra-proyecto, son de menor momento, y creemos que no habria contra ellas objecion importante. De la que se contiene en el art. 12, se ha hablado ántes de ahora en el país de V. E.; y nosotros nos lisonjamos de que la lealtad de su gobierno no rehusará contraer un empeño tan conforme á la honradez, y á la buena armonía en que deben vivir los pueblos vecinos.

«La paz entre ambos países quedará mas sólidamente establecida, si una potencia amiga (la Inglaterra) que tan noblemente ha ofrecido sus buenos oficios á México y los Estados-Unidos en la presente contienda, se prestará ahora á otorgar su garantía para la fiel guarda del tratado que se ajuste. El gobierno de México entiende que seria muy conveniente solicitar esa garantía.

«Nos ordenó nuestro gobierno recomendar á V. E., que su resolucion sobre el contra-proyecto, que tenemos el honor de presentarle, se sirva comunicarla dentro de tres dias.

«La obra buena y saludable de la paz no podrá, en nuestro juicio, llevarse á feliz término, si cada una de las partes contendientes no se resuelve á abandonar algunas de sus pretensiones originales. Siempre ha sucedido esto; y las naciones todas no han dudado en tales casos hacer grandes sacrificios para apagar la llama asoladora de la guerra. México y los Estados-Unidos tienen razones especiales para obrar así. No sin rubor debemos confesar que estamos dando á la humanidad el escándalo de dos pueblos cristianos, de dos Repúblicas al frente de todas las monarquías, que se hacen mutuamente todo el mal

que pueden por disputas de límites, cuando nos sobra tierra que poblar y cultivar en el hermoso hemisferio en que nos hizo nacer la Providencia. Nosotros nos atrevemos á recomendar estas consideraciones á V. E., antes de que tome una resolucion definitiva sobre nuestras proposiciones.—Nos honramos en ofrecerle con este motivo toda nuestra atencion y respeto.—José J. de Herrera.—Bernardo Couto.—Ignacio Mora y Villamil.—Miguel Atristain.»

El comisionado americano no contestó al dia siguiente como lo habia ofrecido; y por el contrario, el general Scott comunicó al general Santa Anna, que habiéndose violado el armisticio por el gobierno mexicano, iba en consecuencia á romper las hostilidades. No era cierto que el gobierno de México hubiera faltado á los puntos convenidos en el armisticio del dia 24; y el general Scott solo alegaba eso como un pretexto para violar por su parte la fé de aquel tratado, con el objeto de sorprender al ejército mexicano y apoderarse de los edificios conocidos con el nombre de Casa-Mata y Molino del Rey donde esperaba hallar un gran depósito de materiales de guerra. Con este objeto movió sus fuerzas el general Scott hácia Tacubaya; y por su parte el general Santa Anna estableció su línea de defensa en Chapultepec y el Molino del Rey, puntos que creia serian atacados el dia 8 como en efecto sucedió.

«Al rayar la aurora del dia 8, la batería enemiga de á veinticuatro, rompió el fuego sobre el Molino, y la artillería de Chapultepec contestó.

«Los enemigos dispusieron una columna de asalto, compuesta de cosa de mil hombres, y protegida de la batería de á veinticuatro avanzó á paso de carga. A esta columna la seguia á poca distancia el batallon de infantería ligera, al mando del coronel Smith, y ambas fuerzas, con